

Tras la puerta

de Diana I. Luque

Premio Ricardo López Aranda 2011

A mi familia.

El primer borrador de esta obra, apenas una treintena de páginas en inglés, fueron escritas en junio de 2010 con motivo del Festival Interplay Europe, Turkey 2010. Los sucesivos borradores han ido alternándose en español y en inglés. Las pequeñas variaciones en las escenas 0 y +2 entre la versión final de *Behind the Door* y la de *Tras la puerta* se deben a la búsqueda de una sonoridad determinada.

LO MEJOR DE AMBOS MUNDOS

Rara vez el autor de teatro suena más interesante que sus creaciones. A diferencia de otros géneros literarios, como el ensayo o la poesía, la voz directa del dramaturgo, puesta en el escenario y desnuda de la mediación dramática del personaje en conflicto, suele resultar impostada y autocomplaciente. Podemos gritar hasta desfallecer o abrir (literalmente) nuestras venas sobre las tablas. Ninguna de las dos cosas nos reportará demasiada credibilidad. La palabra escénica es siempre una palabra sospechosa porque, a pesar de todas las modernidades y postmodernidades que se quieran, los espectadores seguimos interpretándola de una manera bastante sencilla: como una de las muchas estrategias de las que se vale una criatura teatral para alcanzar un objetivo más o menos inconfesable.

Curiosamente, nada de esto resta la más mínima honestidad al personaje. Todo lo contrario. Nos complace observar su pequeña o gran red de artimañas porque en ella encontramos algo que nos reconforta con nuestra propia naturaleza. En otras palabras, encontramos en ella una buena dosis de humanidad. Sin embargo, la ecuación no nos aporta el mismo resultado si operamos en dirección contraria; si, como creadores, nos situamos directamente bajo el foco y aireamos sin enmascarar todas nuestras miserias. El público desconfiará entonces de nuestro discurso y cualquier confesión que le hagamos, por muy profunda que nos parezca, se arriesgará a ser tachada de “gratuita” y, lo que quizá sea aún peor, de “oportunista”.

Afortunadamente, contamos con grandes ejemplos que desmienten esta teoría pero por el simple hecho de que, detrás de sus dramaturgias, hay cerebros y corazones capaces de soportar el test. Es la suya, como he dicho, una senda compleja, en la que resulta muy seductora la tentación de lo literario, en la que no es tan fácil decantar lo verdaderamente indispensable, escapar del exabrupto y dar con la palabra justa y exigente que es, en definitiva, la palabra escénica. Pero, ante esta vía, está esa otra que se nos revela como más tradicional, más acorde a los cánones clásicos, y que obliga al escritor a una tarea no menos compleja.

Este camino, el del personaje, no sólo debe esquivar la retórica fácil y huir de la condescendencia. Demanda sobre todo una escucha agotadora que, de tanto en tanto, brinda al “dramaturgo amanuense”, siempre atento a transcribir los conflictos que se representan en el escenario de su imaginación, momentos de gran frescura y de auténtica rotundidad. Es en ese intercambio acelerado de réplicas que casi parecen

escribirse por sí solas donde se esconde el fruto de lo teatral. A menudo sorprende, si uno tiene la suerte de ver su obra en pie, la enorme efectividad de esas escenas cazadas al vuelo frente a aquellas trabajadas desde la técnica consciente. Asumir la derrota del artista frente al triunfo de un mundo que se le revela como autónomo y, en ocasiones, rebelde es quizá la mayor dificultad de este camino. Pero la recompensa, como acabo de comentar, es teatro del bueno.

Diana I. Luque (Madrid, 1982) pertenece a esa nueva generación de autores que ha comprendido, casi desde un principio, que su vocación requiere, antes que nada, un gran esfuerzo y una mayor humildad. Como María Velasco, Antonio Sansano, Paco Bezerra o Zo Brinviyer, entre muchísimos más, forma parte de un nutrido grupo de laureados alumnos de la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid. Allí ha tenido la ocasión de poner a prueba sus inquietudes más personales pero también la de asimilar perspectivas más canónicas que la han animado a unir, sin ningún tipo de prejuicio, lo mejor de ambos mundos. Por supuesto, tanto ella como sus compañeros reivindican su voz particular pero se colocan, por decirlo de alguna manera, en las bambalinas y lo que revelan, más que un discurso autocomplaciente, es una mirada que, a la postre, dice mucho de sus inquietudes y sensibilidades.

“Tras la puerta” es un claro ejemplo de este teatro que, al mismo tiempo, reivindica los hallazgos de la dramaturgia clásica y transparenta una ambición personalísima. Lo primero se manifiesta, ante todo, en un enorme respeto por el personaje y lo segundo en una serie de soluciones estructurales que imponen su propia convención. De esta manera, Diana nos guía en el periplo vital de unos seres en los que, a pesar de lo tremendo de su circunstancia, nos reconocemos sin problema y es en esa invitación a leer su historia con un ritmo y una lógica determinados donde manifiesta su visión. Esta visión, como corresponde a la buena literatura, tiene más de pregunta que de respuesta.

Los personajes de “Tras la puerta” pertenecen en esencia a la milenaria estirpe de los personajes teatrales. Una madre, Ruth, y un hijo, David, enfrentados a la ausencia (demasiado presente) de Alex, el hermano. Alrededor de ellos, un coro de adultos (los miembros del grupo de apoyo) que componen bajo la, en ocasiones, torpe batuta de los magos de la psiquiatría (el farmacéutico, el médico y la doctora Martín), el contemporáneo y sutil treno de la terapia. Hay cabida, además, para ese mundo que frivoliza con lo tremendo desde el oportunismo (el doctor Alan y Víctor, el presentador, o la guía turístico y sus cuatro visitantes), la cultura (popular en el caso del monstruo

Fred y santificada en el caso de André Bretón) o la ciencia (los dos expertos). Y, por supuesto, como un verso suelto que aporta gran frescura al conjunto, Laura, la adolescente sin domesticar y, a su manera, verdadero espíritu de la tierra. Por no faltar, Diana no nos escamotea ni una esfinge (la enigmática pantalla de ordenador donde leemos los mensajes del foro de suicidas). El camino del personaje, como comprobamos, nos arrastra siempre al territorio del rito y de la ceremonia. Es, insisto una vez más, un magma incombustible en el que las Proserpinas y los Orfeos, las señoras Venables y los doctores Cuckrowiczs, se duelen por la ausencia de Perséfontes, sus Eurídicés y sus Sebastianes. En el que se representa, una vez más, el descenso y la salida del averno. En el que, como en las antiguas religiones, se vislumbra el dolor que nos aporta el conocimiento y sobre el que pesa siempre la amenaza de un eterno retorno. Su razón de ser es el tabú.

“Tras la puerta” trasciende, por tanto, la anécdota (interesantísima por silenciada) del suicidio juvenil para tocar temas muy universales. Lo consigue por enfrentarse, precisamente, al tabú y aproximarse a él desde el territorio de los vínculos familiares. Más allá de lo que puede en breve resultar anacrónico (es posible que en poco tiempo Internet sea algo amortizado y sustituido por nuevas formas de comunicación), de la ubicación reconocible (una gran ciudad, suponemos que española) y de su rabiosa actualidad (ahora mismo), se me presenta como una obra que siempre tendrá algo que enseñarnos, tanto bueno como horrible, sobre nuestra humana condición.

Sin embargo, tamizado por el talento de la autora, todo este caudal nos llega, limpio de pretensiones, cotidiano y, a la vez, intacto en su efectividad dramática. No hay impostura en los diálogos (aunque sí cuidadísima aritmética en las réplicas y contrarréplicas), cargados de un humor que convierte el conjunto en algo accesible y asequible, alejado de la afectación. Es aquí, en este territorio de nadie, entre el personaje y el autor, donde comienzan a apreciarse ciertos rasgos muy propios de Diana I. Luque, una autora que no teme a la comicidad (“Ex-preso a Bélgica”, “Muerte, miseria y otras virtudes” y “Felicidad, marca registrada” son buen ejemplo de ello) porque sabe administrarla con sabia malevolencia y, porque además, intuye en ella una musicalidad que le permite entrar y salir, sin bruscos contrastes, de territorios más graves.

En cualquier caso, este humor es algo que Diana trae, por decirlo de alguna manera, de serie (y, por este motivo, algo a lo que jamás debe renunciar). Sus decisiones como autora, en la obra que nos compete, son de otra índole y tienen que ver con esa lectura discontinua de la fábula que ella nos propone, con las digresiones de la trama

principal que rompen con el género que, en principio, ella nos plantea (muy próximo al drama social) y que nos ofrecen pequeños comentarios al margen de corte surrealista y absurdo. Las estrategias épicas, por otro lado, no se detienen ahí. El hallazgo de la numeración de las escenas (que dibujan una cuenta atrás en la primera parte y recuperan el orden canónico en la segunda) es tremendamente revelador del sentido profundo de la pieza. Con una estructura que juega a la simetría, la autora nos anima a leer y especular con su historia y, algo que es muy de agradecer, nos regala una brújula que nos permite situarnos fácilmente en el devenir de su relato.

Si con tales decisiones, Luque satisface al espectador más analítico, en ningún caso entorpece la experiencia al que está menos habituado a las tablas. La lucha de una madre por su hijo, la búsqueda de la verdad por parte del hermano o el canto fúnebre de unos padres que intentan afrontar lo que no se puede afrontar siguen estando ahí, sin perder un ápice de emotividad. Dependerá, en último caso, del que mira (y espero que muy pronto podamos admirar esta obra desde un patio de butacas) decidir el camino que conduce a esa puerta que Diana nos entreabre. En cualquier caso, el viaje merecerá la pena.

José Cruz

Departamento de Escritura y Ciencias Teatrales
Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid.

PERSONAJES

LA PANTALLA DEL ORDENADOR DE ALEX

RUTH, madre de Alex

DAVID, hermano de Alex

LAURA, amiga de David

HUGO, asesor del grupo de apoyo

SAMUEL

CELIA

JULIA

FARMACEÚTICO

VÍCTOR, presentador de televisión

DR. ALAN, Doctor en Estudios sobre la Prevención al Suicidio

PIZZERO

FRED, monstruo peludo

MÉDICO

ANDRÉ BRETON

EXPERTO 1

EXPERTO 2

DRA. MARTÍN, psiquiatra

GUÍA

VISITANTE 1

VISITANTE 2

VISITANTE 3

VISITANTE 4

La obra puede representarse con 4 actrices y 3 actores. Los actores que interpretan a RUTH y a DAVID no deberían adoptar otros roles.

(LAURA llamando desde su móvil.)

LAURA: Hola, llamo para pedir consejo. *(Escucha.)* Ya hablo con bastante libertad sin que la gente me lo pida, pero... gracias. Vale, a ver... un amigo mío tiene problemas. Bueno, él no es exactamente mi amigo, soy amiga de su hermano. *(Escucha.)* Diecisiete. Ah, pero el que tiene problemas es más joven, quince, creo. *(Escucha.)* Ha intentado suicidarse varias veces y estoy segura de que va a volver a hacerlo más bien pronto. *(Escucha.)* ¿Si está desesperado? No lo sé. A ver, es que no le conozco, conozco a su hermano, somos amigos... Bueno, en realidad, no: no somos amigos; de hecho, sabemos muy poco el uno del otro, acabamos de conocernos. *(Escucha.)* No, el suicida es el hermano, el que no conozco... A ver, sí le conozco, pero todo lo que sé sobre él es de oídas, porque mi amigo no habla mucho de su hermano; en realidad, nada de nada. *(Escucha.)* Sí, estoy bien. *(Escucha.)* No, no estoy harta de seguir viviendo. *(Escucha.)* ¿Si me siento querida por mi familia y mis amigos? Sí, mucho. *(Escucha.)* Claro que tengo un montón de razones para levantarme cada mañana, ¿quieres oírlas? *(Escucha.)* Vale, mira, tienes razón: tengo problemas, pero no llamo por mis problemas; me las arreglo bastante bien yo solita con ayuda de mi terapeuta. *(Escucha.)* No, no estoy pensando en suicidarme. *(Escucha.)* Oye, trabajas a comisión, ¿verdad? Porque se te nota. *(Escucha.)* Ah, trabajas a comisión para Dios Todopoderoso. *(Escucha.)* ¿Es algo así como cuantas más almas perdidas salves, más cerca estarás del Cielo? *(Escucha.)* Sí, bueno, ¿y cómo de cerca estás? *(Escucha.)* Vaya, eso es bastante cerca. Felicidades. *(Escucha.)* ¿Y Dios te hace retroceder una nube, o algo así, cuando no consigues ayudar a alguien? *(Escucha.)* Vale, ya lo pilló. *(Escucha.)* Mira, voy a ser franca contigo: pertenezco a una comunidad que queda por Internet para suicidarse en grupo. Somos

cerca de veinte, así que ahora estás veinte nubes más lejos del puto Paraíso, porque eres bastante incompetente. ¡Púdrete en el infierno! (*Cuelga.*)

-15

(LA PANTALLA DEL ORDENADO DE ALEX proyectada, a ser posible, sobre la puerta de la habitación de ALEX. Las frases aparecerán gradualmente, simulando a gente chateando.)

<http://www.forodesuicidio.com/>

Si estás pensando suicidarte

Haz click aquí

<http://www.forodesuicidio.com/chat/>

DESASTREVIVIENTE dice: necesito información sobre maneras d suicidarse efectivas y sin dolor.

SANGRARHASTAMORIR dice: córtate las venas EN VERTICAL: imposible q t salves!

ANÓNIMO dice: cambia d trabajo, d amigos, múdat y mpieza d nuevo. funciona!!!
cuídat ;)

LÁSTIMAQSIGASVIVO dice: Especifica dónde trabajas en tu nota de despedida:
alguien que desee vivir estará encantado de ocupar tu puesto.

MIDAS K dice: la muerte dulce: asfixia con hornillos d carbón.

DESASTREVIVIENTE dice: cómo se hace?

-14

(Sala de terapia. RUTH, SAMUEL, CELIA y JULIA, que está sentada, atontada por la medicación.)

CELIA: Disculpe, ¿sabe dónde está el asesor? *(Pausa.)* ¿El asesor, sabe dónde está?

JULIA: *(Soñolienta.)* Asesor.

CELIA: ¿Sabe dónde está?

SAMUEL: No va a contestarte. Eres nueva, ¿verdad? Soy Samuel. Hugo debe de estar al llegar.

CELIA: Celia.

SAMUEL: Bienvenida. Y lo siento. Que estés aquí... siento que estés aquí.

CELIA: Ah. Gracias.

SAMUEL: ¿Algún familiar?

CELIA: Mi hija.

SAMUEL: Yo vengo por mi hijo. ¿Su primera vez?

CELIA: Y la última, espero.

SAMUEL: Claro. ¿Cómo fue?

CELIA: Un coche... Fue un coche...

SAMUEL: Te estoy haciendo sentir incómoda. No quieres hablar y yo...

CELIA: No. Sí. El médico dice que debo...

SAMUEL: Todos aquí hemos pasado por eso.

CELIA: Hablar va a ayudarme a superarlo y...

SAMUEL: Suele ayudar, sí.

CELIA: Pues... mi marido murió hace dos años. Cáncer. Ángela tenía catorce... mi hija...

SAMUEL: Ángela.

CELIA: Ángela, sí. Las dos lo llevamos lo mejor que pudimos. El lunes pasado me llamaron de urgencias: la había atropellado un coche. El conductor dice que se le echó encima.

SAMUEL: Lo siento.

CELIA: Que salió corriendo y se tiró y... ¿No crees que va a ser la última?

SAMUEL: ¿Qué?

CELIA: La última vez. No crees que va a ser la última vez.

SAMUEL: Yo... Ni siquiera conozco a tu hija.

CELIA: Pero crees que va a volver a hacerlo. Se te ve en la cara.

SAMUEL: Mira, mi hijo lo ha intentado dos veces. Y el de Ruth cuatro. Me cuesta creer que esa idea se les vaya a quitar de la cabeza sin más.

CELIA: Así que, que tu hijo y el de...

SAMUEL: Ruth, mi hijo y el de Ruth...

RUTH: ¿Ya estás hablando de mí, Samuel?

CELIA: Que ellos lo hayan intentado más de una vez, ¿te da derecho a juzgar a los hijos de los demás?

SAMUEL: No juzgo a nadie, son los hechos

RUTH: No hables de mí.

SAMUEL: Sólo le decía a... perdona...

CELIA: Si ni siquiera sabes cómo me llamo.

RUTH: ¿Ya te ha convencido?

SAMUEL: ¡No!

CELIA: ¿De qué?

RUTH: Samuel quiere ingresar en el psiquiátrico a todos los chicos que han intentado suicidarse.

SAMUEL: Está exagerando.

RUTH: Ingresarles en una clínica no va a ayudarles, créeme.

SAMUEL: Habló la voz de la experiencia.

RUTH: Por desgracia. Así que, ni caso de Samuel.

SAMUEL: Sigo aquí.

RUTH: Lo sé. Soy Ruth.

CELIA: Celia. Encantada.

SAMUEL: Viene por su hija.

RUTH: Lo siento. ¿Cómo está?

CELIA: Llena de moratones, con un brazo roto y la columna desviada.

SAMUEL: Accidente de tráfico.

CELIA: Se echó encima de un coche. Estaba borracha. Y había tomado codeína y antihistamínicos.

SAMUEL: ¿Sigue en el hospital?

CELIA: Ya está en casa.

SAMUEL: ¿Y no has pensado en una clínica?

RUTH: ¿Qué te decía?

CELIA: Ángela está bien, no necesita una clínica.

RUTH: Claro que no. Alex estuvo ingresado y no le sirvió de nada. Espera, voy a darte... Seguro que tengo el número de la Dra. Martín por aquí...

SAMUEL: Oye, es tu hijo y tu decisión. Manuel lo necesita y a lo mejor su hija también, y a ninguno de los dos les están dando esa opción.

CELIA: Ángela no necesita que la ingresen, ha prometido no volver a hacerlo.

SAMUEL: Manuel también...

RUTH: La Dra. Martín es una de las mejores psiquiatras. Está tratando a Alex desde...

CELIA: Mi hija ya está en tratamiento. No hace falta, gracias.

SAMUEL: Manuel también. Manuel me lo prometió las dos veces, y ¿sabes qué dice ahora? «Papá, te quiero mucho, pero eso no va a impedir que me mate».

CELIA: Mi hija es buena chica, no hace este tipo de cosas...

SAMUEL: Mi hijo es buen chico y *hace* este tipo de cosas.

JULIA: (*Soñolienta.*) Buen chico.

SAMUEL: Ayuda en casa, nos quiere, hablamos cuando tiene problemas... hasta hablamos de sus intentos: dice que está triste. ¿Qué hago? Tiene diecisiete, ya no puedo llevármelo al circo. En vez de eso, le obligo a que se trague los antidepresivos, porque bien no está, pero tampoco lo suficientemente trastornado como para que le ingresen.

CELIA: Ángela va a terapia y se está esforzando por volver a estar bien. Tiene familia y amigos que la quieren, y la vamos a ayudar a superar esto.

SAMUEL: Ruth dijo eso mismo la primera vez y ya van cuatro intentos.

RUTH: ¿Y qué, Samuel? ¿Eres mejor padre porque tu hijo lo ha intentado *sólo* dos?

SAMUEL: Yo no he dicho eso.

RUTH: Cuido de mis hijos lo mejor que sé, pero no puedo controlar lo que se les pasa por la cabeza.

SAMUEL: Perdóname, Ruth: sé que sufres y comparto tu dolor.

RUTH: Por supuesto: tu hijo también se ha cortado las muñecas.

SAMUEL: Y, como el tuyo, no va a parar hasta que se mate.

CELIA: ¿En esto consiste la terapia, en hundir a los nuevos?

(CELIA sale. RUTH observa a SAMUEL.)

SAMUEL: ¿Qué? ¿Desde cuándo no puedo decir lo que pienso? Nuestros hijos no están bien: el mío se cortó con catorce años y el tuyo con trece, eran unos críos...

RUTH: *Son* unos críos, Samuel, y su sitio está en casa, con su familia, sintiéndose queridos.

SAMUEL: ¿Cuándo fue la última vez que abrazaste a tu hijo, Ruth? ¿Eh, Ruth?

RUTH: No vengo aquí a contar mis problemas para que luego me los eches en cara.

SAMUEL: Alex no quiere ni que le toques. ¿Cómo vas a ayudarlo? Si no quieres darte cuenta de las cosas, allá tú. Pero si Manuel acaba suicidándose, no va a ser porque yo no haya hecho nada por evitarlo.

(SAMUEL sale. Entra HUGO.)

HUGO: ¿Adónde va Samuel? Vamos a empezar.

RUTH: A casa. No se encuentra bien. *(A JULIA.)* ¿Y tú qué miras?

(RUTH se aleja.)

[...]